

argos trabajos y á entregar sus cenizas al viento de este lugar desierto?»

Después, como dominado por un profético presentimiento, añadió:

«¡Ay, ay! puede que seas tú, oh gran Pompeyo.»

Era él efectivamente.

Durante estos sucesos, Ciceron, retirado con Caton en un pequeño puerto de Grecia, vecino á Farsalia, observaba silencioso y consternado la ruina de la república.

TERCERA PARTE.

I.

Un gran poeta, que fué al mismo tiempo un gran político, pero que desgraciadamente para su memoria llevó el amor de la libertad hasta el fanatismo, y el republicanismo hasta el regicidio, Milton, escribió estas líneas.

«Si Dios no derramó nunca un amor firme de la belleza moral en el seno del hombre, le ha derramado en el mio. En cualquiera parte donde encuentro un hombre despreciando la falsa estimación del vulgo, osando aspirar por sus sentimientos, su lenguaje, su conducta á lo que la alta sabiduría de los ángeles nos ha enseñado de mas excelente, me uno á este hombre por una especie de necesario atractivo. No hay poder en el cielo ni sobre la tierra que pueda impedirme contemplar con respeto y con ternura á aquellos que llegan á la cima de la dignidad, del carácter, de la inteligencia y de la virtud!»

Este amor satisfecho de la belleza moral en un hombre histórico, este respeto y esta ternura por aquellos que han llegado á la cima de la dignidad, del carácter y de la virtud, nos han sostenido hasta aquí en la relación de la vida de Ciceron. Van á rebelarse un momento y á contrastarse un poco cuando tracemos no sus crímenes (no los hay en su vida), sino algunas desigualdades y algunas debilidades. Después de la caída de la república es menos constantemente admirable; pero para el hombre que le gusta contemplar en el hombre la lucha de las debilidades humanas contra las virtudes, y el triunfo alternativo de los deberes ó de las pasiones en nuestra alma, llega tal vez á ser mas interesante. Los caracteres de una sola pieza, como el Caton, tienen alguna cosa de sobrehumano y de uniforme, que eleva mas y que conmueve menos que los caracteres menos dueños de sí mismos, que dudan y se levantan como el de Ciceron. Sucede en el hombre como en los paisajes: las líneas rectas del

horizonte son sin duda las mas puras en geometría y en lógica: pero las líneas del horizonte que se elevan y descienden, que se levantan y se deprimen á su vez, para volverse á levantar otra vez y para elevar la mirada hasta los cielos, después de haberla declinado hasta los abismos, son el interés y el encanto de los ojos del pintor y del espectador. La naturaleza ha hecho al hombre un ser *ondulante y diverso*, dicen los filósofos; considerado así, sin duda nos impone menos, pero nos une tanto mas cuanto es mas hombre.

Ciceron lo fué todo después de la muerte de Pompeyo. La república, muerta con este grande y último ciudadano, vino á ser la presa apenas disputada de César. El derecho sucumbió en Farsalia; la fuerza era todo; César tenía la fuerza, y la mostraba como un gran corruptor de su patria, no á las virtudes de un reducido número, sino á todos los vicios de una multitud que pide un dueño, porque se siente digna de la tiranía.

Con aquella prontitud que sorprende el destino y que le fija, César voló después de su victoria á España, á Africa, á Egipto, para dar en estos lugares golpes repentinos é inesperados á los lugartenientes y á los hijos de Pompeyo, para quitarles sus legiones y para cogérselos por todos los miembros esparcidos del poder romano aquella libertad que quería destruir y aquel imperio que quería fundar.

Ciceron, en lugar de seguir el ejemplo de Caton, de protestar contra la victoria y de morir con la misma arma que mataba la libertad de su país, pareció arrepentirse, no tanto de la derrota del gran Pompeyo y de la república, como de haber abrazado tardía é imprudentemente la causa vencida por los dioses. Comenzó á acomodarse con la tiranía, y á pedir hasta cierto punto gracias por su virtud al vencedor, y nada le era ya difícil mas que obtenerla. César tenía crímenes grandes, era demasiado superior para ser vindicado, y era al mismo tiempo demasiado político para no regocijarse de parecer á los ojos del pueblo romano, aceptado ó hasta perdonado por un hombre como Ciceron, que representaba entonces en él solo las letras, la elocuencia, la utilidad moral en el senado, la estimación del pueblo, en una palabra, todo lo que se llama hoy la *opinión pública* en Roma. Además, César amaba á Ciceron por aquel atractivo mútuo é involuntario que arrastra á las grandes inteligencias á amar lo que se les parece. Tenía demasiado genio para ser insensible al genio, y demasiada gloria para ser envidioso. Ciceron le parecía una de las mas brillantes decoraciones de la huma-

nidad en su siglo; se enorgullecía mas de reinar sobre un hombre tal como Ciceron, que sobre aquella turba popular y soldadesca, que se prosternaba delante de su fortuna. Quería hasta dejar á Ciceron la dignidad de su regreso y la independencia de sus opiniones; no le pedía que se avasallara, sino que se resignara.

III.

En este sentido se establecieron negociaciones amistosas entre Ciceron y César; y no esperimentaban otra lentitud que la de la distancia entre estos dos grandes romanos. Ciceron atravesó el mar que separaba el Epiro de la Italia, desembarcó tímidamente en Brindes, puerto donde se había embarcado poco tiempo antes para reunirse á Pompeyo. Allí cayó en los brazos de su hija Tulia, la mas tierna, la mas ilustre, la mas letrada de las jóvenes romanas de su tiempo. La mútua adoración del padre para la hija y de la hija para el padre se redobló mas con la adversidad. Separada de su marido, indigno de ella, Tulia no miraba mas que á su padre; éste, descontento con la ambición de su muger y con su frialdad, no miraba mas que á su hija. El padre y la hija lloraron juntos las desgracias de su patria y las suyas propias. El hermano de Ciceron, C. Quinto, que le había amado como á sí mismo, no había sabido esperar la benevolencia de la transición de una causa á otra. Hostigado por la adulación ó por el miedo, corrió á Africa con su hijo, sobrino de Ciceron, para implorar los favores de César, y para echar cobardemente sobre su hermano el error que había cometido siguiendo el partido de Pompeyo. César se indignó de semejante bajeza, y escribió á Ciceron informándole de todo. Este, con una generosidad fraternal, respondió á César suplicándole perdonase el extravío de Quinto.

Por otra parte, su fortuna, desmembrada á su salida de Italia, había llegado hasta casi la indigencia por las depredaciones de su muger, por la ausencia y por el agotamiento de los productos de las tierras á causa de las guerras civiles y de las sucesivas espoliaciones que afligían á la Italia. No vivía mas que de los préstamos y de los socorros de sus amigos, principalmente de Atico. Antonio, lugarteniente de César en Roma, acababa de publicar un edicto de proscripción contra todos aquellos que habían seguido á Pompeyo; pero exceptuando á Ciceron. Esta excepción, que le abría las puertas de Roma, le regocijaba por un lado y le humillaba por otro, pues los partidarios de Pompeyo vencidos en Farsalia, Caton, Bruto, y los demás, habían ido á reanimar la resistencia á la tiranía en Africa: la fama aumentaba sus fuerzas, amenazaban prevenir el regreso de

César á Italia y restaurar la república. Los triunfos de su propia causa, después que la había creído muerta, turbaban ahora á Ciceron, pues los republicanos, vencedores podían tratarle ahora como á un tráfuga, mientras que los cortesanos de César veían en él á un republicano; de manera que por la vacilación de su carácter y por la precipitación alternativa de sus sumisiones, tanto una causa como la otra le amenazaban con las mismas venganzas, ó al menos con el desprecio. Deplorable situación para un gran talento, que en lugar de fijar su base en la conciencia, la fija en su fortuna, y cae sin gloria porque ha aparecido sin virtud.

Experimentando ya en Brindes el remordimiento de esta situación ambigua delante de la opinión que se desencadenaba contra él, no osaba ó no sabía justificarse, y suplicaba á su antiguo amigo Atico le escribiese su justificación ó su excusa para conquistarle algunos amigos.

IV.

En fin, se acercó á Roma con su hija, pero sin atreverse á entrar. Después se presentó delante de César que acababa de desembarcar vencedor en Tarento y que volvía triunfador á Roma. Este orador, que no había palidecido delante de los sicarios de Catilina, temblaba ahora delante de un pliegue de la frente ó de los labios del rostro de su dueño. Sus cartas en esta época de ruindad son el estremecimiento de su alma servil.

«¿Cómo me recibirás? ¿Cómo me mirarás? ¿Qué va á decirme? ¿Qué querrá escuchar?»

Un pueblo, cuyos mas virtuosos ciudadanos esperimentan y escriben semejantes angustias, se manifiestan flexibles á la tiranía. César, sin embargo, engañó á Ciceron. Los tiranos son tan felices en encontrar almas sumisas, como las almas sumisas se apresuran á resignarse á los tiranos. Además, aunque César distinguió desde muy lejos á Ciceron en el camino de Tarento á Roma, bajó de su caballo, corrió á él con los brazos abiertos, le abrazó como á un amigo perdido y encontrado, no le dirigió la mas leve reconvencción, y llevándole delante y á cierta distancia de su comitiva para evitar el pudor de Ciceron y para atestiguarle su confianza, habló mucho y familiarmente con él á los ojos de todo su ejército. Se ignora lo que estos dos adversarios reconciliados se dijeron: el uno sin duda se excusaba de la bajeza humana, de la tiranía que acababa de recibir, y el otro de la fortuna, de la obediencia que acababa de ofrecer. Sin embargo, si se da crédito á una frase de Ciceron después de esta entrevista en su correspondencia con Atico, la resignación no estuvo sin grandeza y sin dignidad en su boca.

César prosiguió su camino hacia Roma; allí

recibió todos los poderes bajo todos los títulos que se dignó tomar. Vpivió á partir para Africa, dejando procónsules que gobernasen á Roma en su nombre; Antonio, sobre todo, el mas soldadesco, el mas servil y el mas adicto á sus mandatos, quedó allí, como si César hubiese afectado mostrar en Roma lo que podía hacer sentir mas, ó como si hubiese querido atestiguar su desprecio al pueblo romano, haciéndole domar en su ausencia por el mas grosero y por el mas despreciable de sus soldados. Ciceron se encerró con sus libros en su casa de campo de Túsculo, situada al lado de los bosques á los pies de las montañas de Alba, retiro poético y filosófico, desde donde sus ojos se paseaban por un lado sobre la soledad, y por otro sobre las fachadas de los edificios y de los templos lejanos de Roma. Nosotros hemos visitado algunas veces los vestigios aun existentes de su casa, de su biblioteca, de sus fuentes, de sus jardines, donde se respira la grandeza, la tristeza, y hasta cierto punto la historia que el mismo respiraba entonces. Gozaba allí en paz y en seguridad de su patria; pero habia pagado demasiado á su patria, pues no habia entrado otra vez en ella sino pagándola con la libertad y la dignidad en su ribera.

V.

Mientras que aquí buscaba distracciones y consuelos en el estudio, y recibia las visitas de los mas ilustrados y eruditos de Roma, que en defecto de la grandeza del carácter venian á cultivar y á adorar á su casa la inmensidad y la variedad del genio, César habia vencido á los hijos de Pompeyo en España y á los republicanos antiguos. Caton se habia dado muerte por aquella otra debilidad que no sabe soportar el tiempo en que se está condenado á vivir y el desprecio de todo el género humano. Reinaba bajo el nombre de dictador perpétuo de Roma, se preparaba á la conquista de los partos en Asia, ilustraba su crimen contra su patria por el esplendor y la mansedumbre de su gobierno, dominaba al senado, compraba al pueblo, arengaba á las legiones y corrompia lo que quedaba de libertad en las almas por la seducción y la clemencia. Ciceron, gimiendo en alta voz esta postracion de su patria, tomaba su parte en la servidumbre general. Arengaba algunas veces al senado, proponia consejos saludables al señor, hablaba delante de él por clientes políticos, y le reservaba las gracias de la generosidad. Le alababa con aquella independenciam de lenguaje que coloca á la ciencia en el acto y no en las palabras; afectaba defender á memoria de Caton y la gloria de Pompeyo; decia de César, para que ésta palabra fuese repetida: *que l'erribando*

las estátuas de Pompeyo habia afirmado las suyas. Litigaba delante de él para darle el placer de su elocuencia, como un artista en una representacion de su arte, y hacia caer en sus manos la absolucion de un criminal ya condenado en su corazon. Recibia hasta las visitas de César en su casa, como una salvaguardia de seguridad y como una prenda de proteccion escepcional del agresor de su patria; referia con secreto orgullo las circunstancias en sus cartas á sus amigos.

«Qué huésped he recibido! escribia á la mañana siguiente, ¡y cuán equivocado estaba de temerle! ¡Sin embargo, yo no tengo motivos para quejarme de él, y él mismo ha parecido satisfecho de venirme á ver! El dia antes César llegó á la casa de su liberto Filipo, vecino de mi morada. La casa estaba inundada de soldados; apenas la sala donde César habia de cenar estaba libre; habia cerca de dos mil hombres de escolta. En mi casa mandaron acampar á los soldados, y mi casa parecia una ciudadela. César pasó la mañana en casa de Filipo, ocupándose, segun decian, en arreglar las cuentas de su casa con Balba. Llegó á mi casa á las dos; se bañó en seguida, haciendo que le leyeran durante el baño versos satiricos contra su persona. Escuchó la lectura sin incomodarse y sin que su rostro se alterase lo mas minimo; hizose luego perfumar y se sentó á mi mesa, comiendo con muy buen apetito y manifestando sumo contento. La mesa se hallaba espléndida y delicadamente servida; ademas de la de César tenia yo otras dos para su comitiva y sus libertos igualmente invitados. En fin, salí con honra de mi compromiso. Empero ciertamente no era aquel uno de esos convidados á quienes se les puede decir al despedirlos: «*evolved cuando gustéis.*» Basta para una vez. No habiamos hablado una sola palabra en política, y si solo de filosofia, de elocuencia y de literatura. Le agradó este desahogo, manifestando el deseo de pasar de este modo un dia en Pouzzoles y otro en Baia á las orillas del mar. Asi se pasó esta visita; en ella sufrí algunas incomodidades domésticas; pero en honor de la verdad, sin que esto me acarrecara grandes inconvenientes.»

VI.

Obsérvese que César se hacia perdonar la tiranía por la clemencia, Ciceron los sentimientos en la libertad perdida por la complacencia. Hacia aquella misma época, aun cuando ya habia pasado el sexagésimo año de su vida, repudió á su primera muger Terencia, culpable de haberle abandonado durante sus desgracias, y se casó con una de sus pupilas, muy jóven, muy bella y muy rica, que su pa-

dre moribundo le habia confiado. Prendado del genio y del renombre de su segundo padre, aquella jóven romana le amó y fué amada á su vez con una pasion que hizo desaparecer la distancia de los años. Estos fueron, no los mas gloriosos, sino los mas serenos y los mas fecundos de su vida; pero tambien fueron cortos. Habiéndole arrebatado la muerte de allí á poco á su hija Tulia, delicias y orgullo de su corazon, concibió tal dolor, que se ofendió de que de este dolor no participase bastante su nueva esposa, celosa sin duda de no ser ella esclusivamente el objeto de su ternura, y se alejó de ella, retirándose á la soledad acompañado de sus lágrimas y de su genio.

Allí fué donde escribió sin interrupcion y sin cansar su imaginacion los libros admirables, de los que cada trozo es un monumento acabado de sabiduría, de madurez, de ciencia, de universalidad, de estilo. La civilizacion antigua, á haber desaparecido la historia, se volveria á hallar toda entera en los fragmentos de los últimos escritos de ese grande hombre. Allí se concentra todo cuanto el género humano ha pensado, imaginado ó sentido hasta sus dias de mas perfecto en Asia, en Grecia, en Roma, con la espresion mas espléndida y en la lengua mas armoniosa que la inteligencia humana haya jamás fabricado para dar un cuerpo á la muerte. Aquel es el pensamiento convertido bajo su mano en método, imágen y ciencia. La única reconvenccion que puede dirigirse á estas obras reflexivas de Ciceron, es el esceso mismo de la perfeccion. Nada predomina allí, porque todo á la vez es predominante. Sin embargo, esta perfeccion en él no es laboriosa, es natural. Su imaginacion no producía nada que no estuviese conforme á aquel modelo interior que llevaba en sí mas que ningun otro hombre á lo que se llama belleza. Aquel afan de buscar la belleza no daña en nada á su fecundidad: discurría con sus amigos, arengaba á los tribunales y al pueblo, escribia sin temor, sin voluntad y sin esfuerzos de ninguna clase. Respondía á sus envidiosos de Roma que reconvenian sus desahogos en su retiro de Túsculo: «¿De qué se quejan? En esta pretendida ociosidad, escribo mas de mi mano ó de la mano de mis escribientes que todo cuanto ellos pueden leer en un dia.»

«Allí, decia él hablando de su casa de Astura, otro retiro mas solitario cerca de *Ancium*, lleno solo con sus estudios y sus displicencias, allí vivo sin trato ni comunicacion con los hombres; tan pronto como principia á despuntar el dia me interno en lo mas intrincado de los bosques que me rodean y no salgo hasta que anochece; no tengo mas distraccion que con mis libros, y aun esta solo se interrumpe para dar libre curso á mis lágrimas.» Entonces su corazon estaba cubierto de luto por su hija Tulia, que se le acuaba de amar hasta divinizar su imágen. Arruinaba su fortuna apenas restablecida, para erigirle un templo á las

puertas de Roma para inmortalizar su sentimiento. «Si, esclamaba él en el delirio de su adoracion paternal, dirigiéndose á la sombra de su hija; si, yo quiero dedicarte, ¡oh tú la mas tierna de las hijas! ¡Quiero instalarte en la congregacion de los seres divinos y presentarte al culto de los mortales!» Probaba á calmar su desesperacion escribiendo para sí mismo un tratado de *Consolatione*, páginas empapadas en lágrimas, en las que reúne todo cuanto la razon, la filosofia, la religion, la gloria, las letras, el cielo y la tierra pueden ofrecer como mas eficaz para consolarse de la pérdida del objeto amado sin poder llegar á olvidarlo.

VII.

Sus secretos remordimientos de haber, ya que no abandonado, al menos descuidado á la república, y el deseo de manifestar su estimacion y aprecio por esta virtud cívica que admiraba, sin imitarla, le inspiraron una magnífica apología de Caton.

En este elogio y homenaje tributados á la virtud á la vista de la tiranía, no dejaba de haber tambien valor y virtud; César podia ofenderse de este elogio de un enemigo, enemigo que no era grande si César no era culpable. El dictador no se ofendió. Dejó á Ciceron este vano consuelo de alabar á los muertos por la libertad, y en medio de los cuidados y ocupaciones del imperio tuvo tiempo para contestar por su propia mano á Ciceron con otro libro titulado *Anti-Caton*. Empero al mismo tiempo que refutaba á Ciceron, César en este libro lo colmaba de gloria, llegando hasta declarar que aquel que, como Ciceron, daba ensanche por su genio á los límites del entendimiento humano, era superior al que, como César, únicamente daba estension á los confines del imperio.

VIII.

Escribió despues meditaciones ó reflexiones filosóficas y diálogos, en los que conaturalizaba entre los romanos todos los dogmas de la antigüedad asiática, egipcia y griega, esponiendo con imparcialidad todo lo que los sabios de todos los siglos y de todas las naciones han pensado de mas cuerdo ó mas hermoso en pro ó en contra de la cuestion eternamente controvertida acerca de la inmortalidad del alma y del mundo; decidiéndose por último, él mismo por aquello que le parece mas probable, lo mas bello y lo mas razonable.

Tanto en el principio como en todos los periodos de estas meditaciones filosóficas, designadas bajo diferentes títulos, se nota la mas íntima familiaridad y sinceridad de corazón, como escritas entre los ocios y descanso del campo y la libertad que presta la conversacion; en ellas se deja ver el hombre apartado y exento de los negocios públicos, melancólico por el abatimiento de su país, conservando alguna esperanza vaga del restablecimiento de las leyes, de las costumbres y de la libertad; pero apartando la vista de Roma para abismarse completamente bajo la sombra de sus bosques, en la contemplacion de la naturaleza y en el estudio de las cosas eternas. Sus predilectos interlocutores son al mismo tiempo sus mas ílustres é íntimos amigos: Varron, poeta é historiador; Bruto, filósofo austero y elocuente, discípulo de Platon y de Caton, amigo de César, y que se creia ser hijo suyo, con motivo de haber sido anteriormente amada su madre Servilia del dictador; Hortensio, rival y amigo de Ciceron, el mas grande de los oradores despues de él y algunos otros romanos, lo mas escogido del siglo.

Estos diálogos, por lo comun tienen lugar sobre la arena de la playa mugidora del mar de Bayas ó bajo las higueras entrelazadas con los pámpanos de la trepadora vid de la costa de Cumas, ó bien sobre la terraza que cubren con su sombra los naranjos de la villa (casa de recreo) de Ciceron, cerca de Gaeta, en donde aun se buscan en vano las huellas de sus pasos y las de sus amigos en los mosaicos de sus baños, ó en fin, bajo las verdes encinas de su casa rústica de Túsculo, al murmullo y frescura de las aguas que descienden de las montañas de Tibur. Comienza con una indeterminada y dudosa flojedad como para entrar en conversacion; despues con el objeto se muestra grave, se eleva al final hasta el entusiasmo de la lira.

Sentimos que los límites de nuestras páginas no nos permitan traducir algunos fragmentos: ellos recuerdan la calma y solemnidad de los diálogos de Platon, que imponen silencio al alma antes de hablarla de los dioses. Ciceron en muchos pasajes que hoy dia parecerian atrevidos, no teme lamentarse de la ruina de la república y de llevar luto por la pérdida de la libertad y dignidad de Roma. «Precisado como me veo, dice él, á renunciar á los negocios públicos, no me queda otro medio de ser útil que escribir para ilustrar y consolar á los romanos; me lisonjeo de que se me agradecerá que despues de haber visto caer el gobierno de mi patria en poder de uno solo, ni he abandonado cobardemente al público, ni me he entregado sin restriccion á los que ejercen la autoridad. Mis escritos han reemplazado á mis arengas al senado y al pueblo, y he sustituido la meditacion de la filosofía á las deliberaciones de la política y á los cuidados de la patria».

Los libros mas importantes son sus *Investigaciones sobre la existencia y naturaleza de los dioses*, y el intitulado *De la república*; en el primero va ascendiendo por todos los grados de las ideas de todos los países, de todas las edades y á través de las tinieblas y quimeras forjadas por la supersticion humana, hasta llegar al conocimiento de un Supremo Ser, perfecto, justo, bueno, criador eternamente, que por su poder desde los astros desciende hasta el imperceptible átomo; principio y fin de cuanto fué, es y será, invisible é incorpóreo, que se llama Dios, Destino, Providencia, Criador, Remunerador, que da existencia á cuanto ha criado.

Estas máximas y doctrinas de Ciceron no son únicamente especulativas como podria creerse; en todas ellas se ve la práctica religiosa unida á la mas eficaz é imperiosa piedad.

«Algunos afectan creer, escribe, que la Divinidad no se interesa por el hombre ni se mezcla en sus acciones y su destino. Partiendo de este principio ¿en qué vendrian á parar la piedad, la santidad, la religion? Estos son los verdaderos deberes obligatorios que se deben exactamente observar y cumplir. La piedad es lo mismo que las demas virtudes; no consisten en vanas exterioridades, sin ella no hay santidad (palabra con que quiere espresar la moralidad en nuestros actos), sin ella no hay culto, y entonces ¿qué seria del universo? ¿Qué desórdenes, qué anarquía en la especie humana! En cuanto á mí, añade él, dudo si extinguir la piedad á la Divinidad no seria lo mismo que aniquilar de un mismo golpe la buena fé, la conciencia, la sociedad humana, y la virtud que ella sola sostiene el mundo, quiero decir, el instinto de la justicia...»

IX.

En su libro sobre la república, es decir sobre los principios, las leyes, la formacion, los vicios y virtudes de los gobiernos, por las que se fundan, se sostienen, se estinguen ó perfeccionan las sociedades, Ciceron se eleva á mayor altura que en ninguno de sus otros escritos: solo citaremos un fragmento, *El sueño de Escipion*, con que concluye el libro. La filosofía, la piedad, la virtud, la poesia, el genio de Ciceron brilla en alguna de sus páginas, en las que su alma y la de su siglo se descubren con un lenguaje digno de todas las edades.

Ciceron pone en escena al segundo Escipion, modelo de las glorias mas puras y de las mas grandes virtudes de Roma. Cuenta éste á sus amigos en aquel diálogo el sueño que ha tenido en Africa, en el que se le aparece la sombra de su abuelo Escipion el Africano, ven-

cedor de Cartago, y le vaticina su funesta muerte, le alienta á que persevere prestando los servicios mal pagados que todo ciudadano está obligado á tributar á su patria, á despreciar la muerte, y lo que todavia es aun mas sublime, á menospreciar hasta la misma gloria...

«Mas, continuó diciendo mi abuelo, para que sientas redoblarse tu ardimiento en defensa del Estado, sabe que todos aquellos que han salvado, socorrido ó engrandecido su patria, tienen de antemano preparado en el cielo un sitio, en el que disfrutaran de eterna felicidad. Porque el supremo Dios, que rige y gobierna el universo nada encuentra mas agradable á sus ojos como las reuniones de hombres que viven bajo la garantia y salvaguardia de las leyes, que se llaman sociedades civiles. Del cielo es de donde descienden los que rigen y conservan las naciones, y al cielo es donde vuelven...»

«Las palabras del Africano habian infundido el mayor terror en mi alma; sin embargo, tuve valor para preguntarle si vivia él todavia y Paulo Emilio mi padre y todos aquellos que nosotros miramos como muertos.—La verdadera vida, me dijo, comienza para aquellos que escapan de los lazos del cuerpo en que estaban cautivos, porque lo que vosotros llamais vida realmente es la muerte. Mira, ahí tienes á tu padre que se dirige á tí... Vi en efecto á mi padre y me deshice en lágrimas, mas él abrazándome me prohibió llorar...»

«Luego que pude reprimir mis sollozos le dije: ¡Oh, padre mio! modelo de virtudes y santidad, pues que ahora es cuando teneis vida, como me lo anuncia el Africano, ¿por qué he de permanecer yo por mas tiempo sobre la tierra? ¿Por qué no me he de apresurar para reunirme con vuestra celeste sociedad?—No, no así, hijo mio, me respondió: en tanto que Dios, cuyo templo es todo cuanto ves, no te haya librado de tu prision corporal, no puedes tener entrada en aquellas moradas. El destino del hombre es de permanecer en este globo que ves suspendido en medio del templo inmenso de Dios, que se llama tierra... ¡Ha recibido un alma!... Por este motivo, hijo mio, tú y todos los hombres religiosos debéis retener vuestra alma en los lazos de vuestro cuerpo, y ninguno de vosotros, sin permiso del que os la ha dado, no puede salir de esta vida mortal. Ahuyentarla es abandonar el puesto en que Dios la ha colocado. Mas antes bien, ¡Escipion! piensa en vivir siendo justo y piadoso como tu abuelo, que nos está escuchando y como yo que te he dado el ser; piensa en el culto que debes tributar á tus padres, á tus próximos, y sobre todo á tu patria. Observando esta vida será la verdadera senda que te conducirá á la reunion de los que han vivido, y que al presente, desembarazados del cuerpo que los aprisionaba, habitan en el sitio que ves...»

«Mi padre me mostraba ese círculo, que

por su resplandeciente blanca brilla en medio de todos los innumerables globos de fuego que tachonan el firmamento y que se llama Via Lactea. Desde lo alto de este orbe luminoso contemplaba el universo, y lo ví lleno de magnificencia y de maravillas. Las estrellas, que por su inmensa distancia no se perciben desde la tierra, aparecieron á mi vista con toda su magnitud y magestoso esplendor... De todos estos luminosos globos el mas pequeño, colocado á los últimos confines del espacio y el mas próximo á la tierra, brillaba á favor de una luz prestada. La tierra misma me pareció tan pequeña y un punto tan diminuto en nuestro imperio, que me avergoncé de habitar en ella.—Ahora bien, hijo mio, me dijo, ¿tu espíritu tendrá siempre afeccion y apego á la tierra? ¿No ves á qué morada superior y celeste estás llamado?...

«Yo contemplaba todas estas maravillas estasiado de admiracion, luego que pude volver en mí: ¿cuál es, pues, pregunté á mi padre, qué es esta armonia tan poderosa, tan dulce, en la que me parece estamos como sumergidos?...

«Lo veo, dijo el Africano: tú estás todavia con la vista fija en la mansion y vivienda de los mortales: mas si la tierra te parece tan pequeña, como en efecto lo es, eleva tus ojos hacia esas regiones celestes, desprecia todas las cosas humanas. ¿Qué fama, que nombradía, qué gloria digna de tus deseos pretendes alcanzar entre los hombres? Observa cuán imperceptible espacio ocupan en la superficie del globo terrestre y cuán vastas soledades separan estos puntos habitados por los mortales. Dispersos sobre la tierra, están de tal manera divididos entre sí, que no hay comunicacion ni trato posible entre los diversos pueblos que la pueblan: tú los estás viendo diseminados por todas las partes de esta esfera, aislados por las mas largas distancias y por las mas opuestas llanuras. ¿Qué gloria se puede esperar de aquellos que no la tienen?...

«Aun cuando las futuras generaciones ensalzaren á porfia las alabanzas de cada uno de nosotros, y aun cuando nuestro nombre y fama se trasmitiese con todo su esplendor de generacion en generacion, los incendios, los diluvios que deben trastornar la superficie de la tierra á épocas irremisiblemente decretadas, arrebatarian siempre á nuestra gloria, que no digo deba ser eterna, pero si durable. Por otra parte, ¿qué te importará ser celebrado en los siglos venideros, cuando no lo has sido en los tiempos que han trascurrido, y por tan numerosos hombres y sin comparacion mejores...»

«Así es que si renuncias venir á esta mansion donde se encuentra todo el bien, toda la felicidad destinada á las grandes almas, marcha, sigue tras esa sombra que se llama gloria humana, que apenas puede durar algunos dias: mas si quieres dirigir tus miradas á lo alto y